



# Cape Cod

Henry David Thoreau

Del grupo de notables que a mediados del siglo pasado tuvieron su hogar en la pequeña población de Concord, en Massachusetts, otorgándole con ello una fama literaria a la vez especial y duradera, Thoreau es el único nacido allí. Su vecino Emerson había buscado aquel sitio en su madurez como refugio rural y, después de haberlo convertido en el lugar elegido para su retiro, le siguieron Hawthorne, Alcott y otros; pero Thoreau, el genio más peculiar de todos ellos, era hijo de la tierra.

En 1837, a los veinte años de edad, se graduó en Harvard, y durante tres años fue maestro de escuela en su pueblo natal. Luego se puso a trabajar en el negocio al que estaba dedicado su padre: la fabricación de lapiceros de grafito. Creía poder fabricar un lapicero mejor que cualquiera de los que se usaban en aquella época, pero cuando tuvo éxito y sus amigos lo felicitaron por haberse abierto la perspectiva de hacerse rico, él respondió que jamás fabricaría otro lapicero. «¿Para qué?», dijo. «No quiero hacer de nuevo lo que ya he hecho una vez». Albergaba una marcada antipatía hacia el tipo urbanita acomodado, y hablando de esta clase de personas señala: «Habitualmente realizan cada día una pequeña actividad con objeto de mantenerse y luego se reúnen en los salones a fabular lánguidamente y a chapotear en la sensiblería social, y se marchan sin reparos a la cama a revestirse de una nueva capa de pereza».

Las personas que él prefería eran de un tipo más primitivo, sin artificios, con el valor necesario para librarse de las ataduras de la moda y las costumbres heredadas. Le gustaba especialmente la compañía de aquéllos que vivían en estrecho contacto con la naturaleza. Un irlandés semisalvaje, un rudo granjero, un pescador o un cazador, le producían verdadero placer; y por ese motivo, Cape Cod lo atraía poderosamente. Constituía por entonces una porción sumamente aislada del estado, y sus habitantes eran precisamente

del tipo de gente independiente, autónoma, que lo atraía. En la narración de sus excursiones por allí ocupa un lugar principal el elemento humano, y el autor se detiene larga y afectuosamente en las características de sus conocidos casuales, anotando todo comentario relevante por su parte. Sin duda ellos a su vez, también lo encontraban interesante, aunque los propósitos del viajero fueran en buena medida misteriosos para ellos y se inclinaban a pensar que se trataba de un buhonero.

## Introducción a *Cape Cod*

Por Clifton Johnson (1908)

Del grupo de notables que a mediados del siglo pasado tuvieron su hogar en la pequeña población de Concord, en Massachusetts, otorgándole con ello una fama literaria a la vez especial y duradera, Thoreau es el único nacido allí. Su vecino Emerson había buscado aquel sitio en su madurez como refugio rural y, después de haberlo convertido en el lugar elegido para su retiro, le siguieron Hawthorne, Alcott y otros; pero Thoreau, el genio más peculiar de todos ellos, era hijo de la tierra.

En 1837, a los veinte años de edad, se graduó en Harvard, y durante tres años fue maestro de escuela en su pueblo natal. Luego se puso a trabajar en el negocio al que estaba dedicado su padre: la fabricación de lapiceros de grafito. Creía poder fabricar un lapicero mejor que cualquiera de los que se usaban en aquella época, pero cuando tuvo éxito y sus amigos lo felicitaron por haberse abierto la perspectiva de hacerse rico, él respondió que jamás fabricaría otro lapicero. «¿Para qué?», dijo. «No quiero hacer de nuevo lo que ya he hecho una vez».

De modo que dirigió su atención a diversos estudios y a la naturaleza. Cuando necesitaba dinero lo ganaba mediante alguna tarea manual que le resultase agradable, como construir un bote o una cerca, plantar, o realizar un relevamiento topográfico. Nunca se casó, rara vez iba a la iglesia,

no votaba, se negaba a pagar impuestos al Estado, no comía carne, no bebía vino ni consumía tabaco; y durante mucho tiempo fue simplemente considerado una rareza por sus vecinos del pueblo<sup>[1]</sup>. Pero cuando finalmente llegaron a comprenderlo mejor, reconocieron su autenticidad, sinceridad y originalidad, y lo respetaron y admiraron. Era totalmente independiente, no se atenía a lo convencional y jamás le faltó el valor para vivir como consideraba adecuado y para defender y sostener aquello que creía correcto. De hecho, era tan devoto de sus principios e ideales que no parece haberse concedido nunca un momento de indiferencia o de descuido.

Era un hombre fuertemente ligado a su entorno, y pocas veces incursionaba fuera de su distrito. Salir de viaje no lo tentaba lo más mínimo. A su juicio, sería sólo un tiempo perdido de disfrutar de su propio pueblo, y comentaba: «En el mejor de los casos, París sólo podría ser una escuela donde aprender a vivir aquí, un peldaño en el camino a Concord».

Albergaba una marcada antipatía hacia el tipo urbanita acomodado, y hablando de esta clase de personas señala: «Habitualmente realizan cada día una pequeña actividad con objeto de mantenerse y luego se reúnen en los salones a fabular lánguidamente y a chapotear en la sensiblería social, y se marchan sin reparos a la cama a revestirse de una nueva capa de pereza».

Las personas que él prefería eran de un tipo más primitivo, sin artificios, con el valor necesario para librarse de las ataduras de la moda y las costumbres heredadas. Le gustaba especialmente la compañía de aquéllos que vivían en estrecho contacto con la naturaleza. Un irlandés semisalvaje, un rudo granjero, un pescador o un cazador, le producían verdadero placer; y por ese motivo, Cape Cod lo atraía poderosamente. Constituía por entonces una porción sumamente aislada del estado, y sus habitantes eran precisamente del tipo de gente independiente, autónoma, que lo

atraía. En la narración de sus excursiones por allí ocupa un lugar principal el elemento humano, y el autor se detiene larga y afectuosamente en las características de sus conocidos casuales, anotando todo comentario relevante por su parte. Sin duda ellos a su vez, también lo encontraban interesante, aunque los propósitos del viajero fueran en buena medida misteriosos para ellos y se inclinaban a pensar que se trataba de un buhonero.

Su libro fue el resultado de diversos viajes, pero el único de estos sobre el que nos habla en detalle fue realizado en octubre [1849]. Ese mes fue, por lo tanto, el escogido por mí para visitar Cape Cod con el fin de lograr la serie de láminas que ilustran esta edición; pues deseaba ver la región lo más aproximadamente posible a la forma en que Thoreau la describe. A partir de Sandwich, donde comienza el relato de sus experiencias en Cape Cod y donde la costa interior empieza a describir una marcada curva hacia el este, seguí casi la misma ruta recorrida por él en 1849, hasta Provincetown, en el propio extremo del gancho que forma la península.

Thoreau tiene mucho que decir acerca de caminos arenosos y laboriosas caminatas. En ese aspecto se ha producido una notable mejora, pues últimamente una parte considerable de la ruta principal ha sido «macadamizada»<sup>[2]</sup>. Pero todavía se encuentran bastantes de los viejos caminos de arena que hacen pesado el viaje, sea a pie o en vehículos de tracción a sangre. Otro elemento al que el amante de la naturaleza hace referencia una y otra vez son los molinos de viento. Aunque el último cesó de moler hace muchos años<sup>[3]</sup>, varios continúan en pie y en condiciones casi perfectas. Ha habido cambios en Cape Cod, pero el paisaje en conjunto presenta el mismo aspecto que en tiempos de Thoreau. En cuanto a la gente, si se la mira sin prejuicios, paseando como lo hacía Thoreau, su personalidad conserva en buena parte el interés que él hallaba en ella.

El relato de nuestro autor sobre su viaje posee un sabor que resulta sumamente estimulante. Esto podría decirse de todos sus libros, pues no importa sobre qué escribiese, era seguro que sus comentarios iban a resultar originales; y lo leemos tanto o más por lo que manifiestan acerca de sus gustos, sus pensamientos y sus inclinaciones que por el tema del que trate. A su muerte en 1862, con cuarenta y cuatro años, había publicado únicamente dos libros, y su *Cape Cod* no apareció hasta 1865. El público tampoco mostró al principio gran interés por sus libros. Durante su vida, pues, el círculo de sus admiradores fue muy reducido, pero su fama ha aumentado constantemente desde entonces, y el estímulo de sus vívidas descripciones y observaciones parece destinado a una valoración duradera<sup>[4]</sup>.

## 1

## El naufragio

Con el deseo de obtener un panorama mejor del que ya había tenido del océano, que —dicen— cubre más de dos tercios del globo, pero del cual quien viva a algunas millas tierra adentro puede que nunca tenga más indicios que sobre otro mundo, realicé una visita a Cape Cod en octubre de 1849, otra en junio siguiente, y otra más a Truro en julio de 1855; la primera y la última con un acompañante<sup>[5]</sup>, la segunda, solo. En total, he pasado unas tres semanas en el Cape<sup>[6]</sup>; dos veces caminando por el lado del Atlántico desde Eastham hasta Provincetown<sup>[7]</sup>, y otra por el lado de la Bahía, exceptuando cuatro o cinco millas, y en mi andadura he atravesado la península media docena de veces; pero habiendo arribado tan fresco al mar, me he salado apenas. Mis lectores deben esperar únicamente el grado de salinidad adquirido por la brisa terrestre al soplar sobre un brazo del mar, o la que se percibe en las ventanas y en la corteza de los árboles a veinte millas tierra adentro, tras los vendavales de septiembre. Solía efectuar excursiones a las lagunas a menos de diez millas de Concord, pero últimamente las he prolongado hasta la orilla del mar.

No vi razón alguna para no poder escribir un libro sobre Cape Cod, lo mismo que mi vecino sobre «La cultura humana». Es sólo otro nombre para la misma cosa, y apenas una fase más arenosa de ella. En cuanto a mi título, supongo

que la palabra Cape proviene del francés *cap*, y ésta a su vez del latín *caput*, cabeza; que tal vez deriva del verbo *capere*, coger, asir —siendo ésta la parte por la que agarramos una cosa: «coger el Tiempo por el tupé». Es también la parte más segura por la que sujetar a una serpiente. Y en cuanto a Cod, está tomada directamente de aquel “gran acopio de *codfish*”<sup>[8]</sup> que hizo allí el capitán Bartholomew Gosnold en 1602<sup>[9]</sup>; pez cuyo nombre deriva al parecer del vocablo sajón *codde*, “caja en la que se guardan las semillas”, sea por la forma del animal o por la cantidad de huevas que contiene; de donde también, quizá, *codling* (“*po-mun coctile*”?) y *coddle*, cocinar en agua caliente, sin hervir (ver *dicc.*).

Cape Cod es el desnudo brazo curvado de Massachusetts —el hombro está en Buzzard’s Bay; el codo, o hueso del codo, en Cape Mallebarre; la muñeca en Truro; y el puño arenoso en Provincetown— detrás del cual el Estado se mantiene en guardia, de espaldas a las Green Mountains y con los pies afirmados en el suelo oceánico, como un atleta que protege su bahía —boxeando con las tormentas del nordeste, y alzando de vez en cuando a su adversario, el Atlántico, del regazo de la Tierra—, preparado para lanzar el otro puño, que entretanto monta guardia junto a su pecho en Cape Ann.

Estudiando el mapa, comprendí que debía haber una playa ininterrumpida al este, o lado exterior del antebrazo del Cape, más de treinta millas desde la línea general de la costa, que debía proporcionar un buen panorama marino, pero que, habida cuenta de una abertura en la playa que constituye la entrada a Nauset Harbor, en Orleans, debía acceder a ella por Eastham, si me aproximaba por tierra, y probablemente podría caminar de allí directamente a Race Point, unas veintiocho millas, sin tropezar con obstáculo alguno.

Partimos de Concord, Massachusetts, el martes 9 de octubre de 1849. Al llegar a Boston nos encontramos con que el vapor de Princetown, que debía haber entrado el día anterior, no había arribado aún, debido a una violenta tormenta; y, al advertir en las calles un volante encabezado «¡Muerte! Ciento cuarenta y cinco vidas perdidas en Cohasset», decidimos ir por la ruta de Cohasset. Encontramos en los vagones<sup>[10]</sup> muchos irlandeses que iban a identificar cadáveres y a compartir los sentimientos de los sobrevivientes, así como a asistir al funeral que iba a tener lugar por la tarde; y cuando llegamos a Cohasset parecía que casi todos los pasajeros se dirigían a la playa, que estaba como a una milla de distancia, y muchas otras personas acudían de la campiña vecina. Había varios centenares de ellas entrando en tropel por los terrenos municipales de Cohasset en aquella dirección, algunas a pie y otras en carromato, y entre ellas algunos deportistas con atuendo de cazador, con sus escopetas, morrales y perros. Al pasar por el cementerio vimos un gran hueco, semejante a un sótano, acabado de cavar allí, y, poco antes de alcanzar la costa por un agradable y sinuoso camino pedregoso, encontramos varios carros de heno y carromatos de granja que se alejaban hacia el salón comunal<sup>[11]</sup>, cada cual cargado con tres grandes cajones rústicos de madera de pino. No necesitamos preguntar qué había en ellos. A los dueños de los vehículos les tocó ser los sepultureros. Cerca de la costa había numerosos carruajes con sus caballos atados a las cercas, y a lo largo de una o dos millas, arriba y abajo, la playa estaba cubierta de personas que buscaban cadáveres y examinaban los restos del naufragio. Frente a la costa había una pequeña isla, llamada Brook Island, con una choza en ella. Se dice que ésta es la costa más rocosa de Massachusetts, desde Nantasket hasta Scituate: dura roca sienita, que las olas han pulido pero no han logrado desmenuzar. Ha sido escenario de muchos naufragios.

El bergantín *St. John*, de Galway, Irlanda, cargado de inmigrantes, naufragó el domingo por la mañana<sup>[12]</sup>; ahora era la mañana del martes y el mar continuaba golpeando con violencia las rocas. Sobre la ladera de una verde colina, a pocas varas del agua, y rodeados por una multitud, yacían dieciocho o veinte de los mismos cajones que he mencionado antes. Los cadáveres rescatados, veintisiete o veintiocho en total, habían sido reunidos allí. Algunos hombres clavaban rápidamente las tapas de los cajones, otros los acarreaban, y había otros que levantaban las tapas aún sueltas y echaban un vistazo bajo la tela que cubría el cadáver, pues a cada uno de éstos, incluso con restos de ropa adheridos, lo habían cubierto someramente con una sábana blanca. No vi ninguna señal de pesar, sino la sobria ejecución de una tarea que resultaba conmovedora. Un hombre procuraba identificar un cadáver en particular, y un sepulturero o carpintero llamaba a otro para saber en qué cajón se hallaba una determinada criatura. Según se alzaban las telas vi muchos pies marmóreos y cabezas apelmazadas, y el cuerpo lívido, hinchado y destrozado de una muchacha ahogada —probablemente había salido pensando en servir en casa de alguna familia americana— que llevaba todavía adheridos fragmentos de ropa, y un cordón medio oculto por la carne alrededor del cuello tumefacto; los restos retorcidos de un torso humano carcomido por las rocas o los peces de un modo tal que dejaba a la vista hueso y músculo, pero sin sangre alguna —simplemente rojo y blanco—, con los ojos muy abiertos pero opacos, como faros sin luz; o como los ojos de buey de un barco encallado, llenos de arena. A veces había en el mismo cajón dos o más niños, o un progenitor y su hijo, y en la tapa de uno quizá estuviese escrito, en tiza roja, «Bridget Tal-y-Tal, e hijo de su hermana». La hierba de alrededor estaba cubierta de trozos de velas y de ropa. Hace poco he oído, de alguien que vive en esta playa, que una mujer que había venido primero pero había dejado a su niño para que después lo trajese su her-

mana, acudió a examinar aquellos cajones y en uno —probablemente el mismo cuya inscripción en la tapa he citado— vio a su hijo en brazos de su hermana, como si esta última hubiera querido que la hallasen así; y antes de tres días, la madre murió de la impresión<sup>[13]</sup>.

Nos volvimos y caminamos por la costa rocosa. En la primera caleta estaban esparcidos los que parecían fragmentos de una embarcación, en pequeños trozos mezclados con arena y algas marinas, y gran cantidad de plumas; pero su aspecto era tan antiguo y oxidado que, al principio, lo tomé por los restos de un antiguo naufragio que llevara allí muchos años. Pensé incluso en el Capitán Kidd<sup>[14]</sup>, y en que las plumas fueran las arrojadas en aquel sitio por las aves marinas; y en que acaso hubiera una tradición acerca de aquello en la vecindad. Pregunté a un marinero si se trataba del *St. John*. Dijo que sí. Le pregunté dónde había chocado. Él señaló un peñasco frente a nosotros, a una milla de la costa, llamado Grampus Rock, y añadió, «Se puede ver aún la parte de él que sobresale; parece un bote pequeño».

Lo vi. Debía estar sujeto por las cadenas y las anclas. Pregunté si los cadáveres que yo había visto eran de todos los que se habían ahogado. «Ni la cuarta parte», dijo él.

«¿Dónde está el resto?».

«La mayoría debajo de la parte que usted está viendo». Nos pareció que la abundancia de residuos indicaba el naufragio de una gran navío en esta sola caleta, y que su acarreo iba a insumir muchos días. La aglomeración, en la que distinguimos esparcidas una gorra o una chaqueta, alcanzaba varios pies de altura. En el centro mismo de la multitud que rodeaba los restos había unos hombres con carretillas ocupados en recoger las algas que la tormenta había arrojado y llevarlas fuera del alcance de la marea, aunque a menudo se veían obligados a separar de las mismas fragmentos de ropas, y en cualquier momento podrían haber en-

contrado bajo ellas un cuerpo humano. Se ahogase quien se ahogase, no olvidaban que aquellas algas marinas eran un valioso fertilizante. Aquel naufragio no había generado ninguna vibración emotiva visible en el tejido social.

A eso de una milla hacia el sur pudimos ver, asomando entre las rocas, los mástiles del bergantín británico al cual el *St. John* se había empeñado en seguir, al que se le habían soltado los cables y, por suerte, se había internado en el abra de Cohasset Harbor. Poco más adelante, por la costa, vimos unas ropas de hombre sobre una roca; más allá, un pañuelo de mujer, un vestido, un sombrero de paja, la cocina del bergantín y uno de sus mástiles, alto y seco, quebrado en varios trozos. En otra caleta rocosa, a varias varas del agua y detrás de unas rocas de veinte pies de altura, yacía parte de un costado del buque, todavía entera. Tenía quizá cuarenta pies de largo por catorce de ancho. Me sorprendió aún más el poder de las olas que demostraba ese fragmento destrozado, que lo que me había sorprendido antes la visión de los fragmentos menores. Las cuadernas mayores y los tensores de hierro se habían roto irremediablemente, y me di cuenta de que ningún material podía resistir la fuerza de las olas; que el hierro tenía que hacerse pedazos en esas circunstancias, y que una embarcación de ese material se quebraría contra las rocas como una cáscara de huevo. Pero algunas de aquellas cuadernas estaban tan podridas que yo casi podía perforarlas con el paraguas. Nos dijeron que algunos se salvaron en aquel trozo del barco, e incluso nos mostraron el lugar donde el mar lo había arrojado a la caleta, que ahora estaba seca. Cuando vi dónde había entrado, y en qué condiciones, puse en duda que alguien se hubiera salvado en él. Un poco más lejos se había reunido una multitud alrededor de un tripulante del *St. John* que estaba contando su historia. Era un joven delgado, que se refería al capitán como el patrón y parecía algo excitado. Estaba diciendo que cuando saltaron al bote, éste se inundó, y que al inclinarse el barco, el peso del

agua hizo que se rompiese la amarra, con lo cual quedaron separados. Ante eso, un hombre se alejó, diciendo:

«Bueno, no creo que esté contando toda la historia. Eso de que el peso del agua en el bote rompió la amarra. Un bote lleno de agua es muy pesado», etc.; todo ello en un tono bien audible y excesivamente serio, como si del asunto dependiera una apuesta suya, pero el aspecto humano no le interesase. Otro, un hombre voluminoso, estaba de pie allí cerca sobre una roca contemplando el mar y masti-cando tabaco como si tal fuese en él un hábito empedernido.

«Venga», dijo otro a su compañero, «vámonos de aquí. Ya lo hemos visto todo. Es inútil quedarse para el funeral».

Más allá vimos de pie sobre una roca a uno que, nos dijeron, era de los salvados. Un hombre de aspecto sobrio, vestido con chaqueta y pantalones grises, con las manos en los bolsillos. Le hice algunas preguntas, a las que él respondió; pero parecía renuente a hablar del asunto, y se alejó rápidamente. A su lado estaba uno de los hombres del bote salvavidas, con chaqueta de tela impermeable, quien nos contó cómo fueron al salvataje del bergantín británico, pensando que el bote del *St. John*, con el que se cruzaron por el camino, llevaba a toda la tripulación, pues las olas les impedían ver a quienes estaban en la nave, aunque de haber sabido que estaban allí podrían haber salvado a algunos. Poco más adelante estaba la bandera del *St. John* que se secaba al sol sobre una roca, sostenida por piedras en las esquinas. Esta frágil, pero esencial y significativa porción de la nave, que por tanto tiempo había sido juguete de los vientos, no podía dejar de alcanzar la costa. Desde aquellas rocas eran visibles una o dos casas, en las cuales estaban algunos de los sobrevivientes recuperándose de la conmoción experimentada por su cuerpo y su mente. Uno de ellos no era de esperar que salvase la vida.

Continuamos por la costa hasta un promontorio llamado Whitehead, para poder ver más de las Cohasset Rocks. En

una pequeña ensenada, a menos de media milla, un anciano y su hijo recogían, con su equipo, las algas que aquella fatal tormenta había arrojado a la costa, y actuaban con tanta naturalidad como si nunca hubiese habido un naufragio en el mundo, aunque tenían a la vista la Grampus Rock, donde había chocado el *St. John*. El anciano se había enterado del naufragio, y conocía casi todos los detalles, pero dijo no haber estado allí desde que ocurrió. Lo que más le preocupaba eran las algas destrozadas, los líquenes, las corralinas, según las fue nombrando, que acarreaba hasta su corral; y los cadáveres no eran para él sino otras plantas arrojadas por la marea, pero que no le servían. A continuación dimos con el bote salvavidas en su ancladero, a la espera de otra emergencia. Y por la tarde vimos a lo lejos la procesión fúnebre, a la cabeza de la cual marchaba el capitán con los demás sobrevivientes.

En su conjunto, no fue una escena tan impresionante como habría esperado. Si yo hubiese hallado un cadáver en una playa solitaria, me habría afectado más. Más bien me identificaba con los vientos y las olas, como si lanzar y destrozarse aquellos pobres cuerpos humanos fuera algo natural. Si tal era la ley de la naturaleza, ¿a qué malgastar un tiempo en sentirse turbado o apiadarse? Llegado el último día, no deberíamos pensar tanto en la separación de los amigos ni en las malogradas perspectivas de los individuos. Comprendí que los cadáveres podían multiplicarse, como en el campo de batalla, hasta dejar de afectarnos en grado alguno, como excepciones a la suerte común de la humanidad. Súmense todos los cementerios, ellos son siempre la mayoría. Es el individuo y soldado quien demanda nuestra simpatía. Hay un solo funeral al que un hombre no puede asistir en el curso de su vida, un solo cadáver que no puede mirar. Yo vi que a los habitantes de la costa no les afectó aquel suceso. Hicieron guardia allí muchos días y noches esperando que el mar entregase a sus muertos, y su imaginación y sus simpatías reemplazaron las de los deudos au-